



“Problemas y retos de los escritores indígenas. A manera de conclusión”

p. 67-75

Pilar Máynez

*Lenguas y literaturas indígenas en el México contemporáneo*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2003

190 p.

Cuadros

(Serie Totláhtol, Nuestra Palabra 5)

ISBN 970-32-1012-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/414/lenguas\\_literatura.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/414/lenguas_literatura.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## PROBLEMAS Y RETOS DE LOS ESCRITORES INDÍGENAS A MANERA DE CONCLUSIÓN

Hemos mencionado ya algunos problemas para la creación y el reconocimiento de una literatura en lenguas indígenas. El persistente prejuicio de que los poemas, canciones, relatos y composiciones dramáticas generados en los idiomas vernáculos de nuestro país no tienen la misma importancia que los realizados en otros sistemas de reconocido prestigio, por pertenecer supuestamente a un subgénero lingüístico, han minado, en cierta medida, la aceptación plena de estas expresiones artísticas. El desconocimiento o la subestimación de la existencia de estas creaciones están estrechamente relacionados con la idea de que estas lenguas son manifestaciones de pueblos ágrafos que poseen códigos “menores”, restringidos únicamente a su vertiente oral; ésta, al no poseer un registro gráfico consolidado, no cuenta con la tradición de la que gozan las literaturas clásicas, pues su ámbito primordial ha sido el oral, en el que no se reconoce la depuración detentada por la escritura.

Sin duda la diversidad de propuestas ortográficas para un mismo idioma dificulta el proceso de fijación escritural, pero tanto la carencia de notación gráfica como la proliferación de alfabetos para un sistema no son privativos de nuestras lenguas indígenas. Ya se ha dicho que son pocos los códigos que cuentan con escritura, comparados con los idiomas que han existido y existen; por tanto, esta característica que se adjudica en detrimento de las manifestaciones artísticas vernáculas no puede considerarse privativa de ellas. Pero el hecho de reconocer que las lenguas y las literaturas indígenas de México compartan estas peculiaridades con idiomas y expresiones de otras latitudes, no quiere decir que se desconozcan las dificultades que pueden entrañar. La variabilidad ortográfica resulta un problema no sólo para los escritores que deben optar por un alfabeto determinado; también lo es para los lectores quienes, al estar familiarizados con un registro específico, experimentan desconcierto con

el desciframiento de algunos grafemas desconocidos o empleados de manera diferente. Miguel León-Portilla, al referirse a los textos que incorpora en la antología publicada por entregas en la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, comenta:

En lo que toca a las formas de ortografía que aquí se registran, se verá que corresponden a tres tendencias principales. Por una parte está el empleo que han hecho los lingüistas y en menor grado los etnólogos del alfabeto fonético. Por otra parte, está el criterio asumido principalmente en algunas publicaciones de la SEP en que se han presentado textos sobre todo de la variante del náhuatl de la Huasteca veracruzana y que consiste en una adaptación del referido alfabeto fonético eliminando algunos grafemas que se consideran innecesarios. Finalmente debe señalarse el que perdura en otras regiones, principalmente del ámbito central de México, de conservar el alfabeto tradicional, empleados con pocas variaciones a la largo de más de cuatro siglos y medio, desde que la escritura latina se adaptó para representar los sonidos de esta lengua.

Pero aquí se tiene que considerar, asimismo, el hecho de que muchos hablantes de las lenguas autóctonas de nuestro país desconocen el código gráfico de sus correspondientes idiomas o simplemente son analfabetas;<sup>1</sup> lo anterior restringe aún más los posibles destinatarios a los que se pueden dirigir los diferentes textos. Para que pueda fortalecerse el resurgimiento de una literatura indígena como el que se ha venido experimentando los últimos años se requiere normalizar las divergencias ortográficas y alentar el estudio de los nativohablantes de sus respectivos idiomas. De este modo, los escritores podrán dirigirse a un público más numeroso que aprecie plenamente las distintas obras en sus lenguas maternas y no sólo a través del castellano. Y esto nos lleva a la siguiente reflexión.

La mayor parte de los lectores con los que pueden contar los escritores en lenguas indígenas, dadas las características de este

<sup>1</sup> Según los datos estadísticos, en 1995, 48.4% de la población indígena del país mayor de 15 años era analfabeta, que es una proporción significativamente superior a la registrada entre los no indígenas (8.5%). Si bien la diferencia es notable en los hombres (27.8% y 6.9%, respectivamente), se acentúa más en las mujeres (48.9% frente a 10.0%). Conforme aumenta la edad, no sólo se incrementa la proporción de indígenas analfabetas, sino que también se amplía la brecha, colocando a las mujeres en una situación cada vez más desventajosa, al grado que, entre los mayores de 65 años de edad, la tasa de analfabetismo en los hombres es de 53.2% y en las mujeres de 80%. Véase Consejo Nacional de Población, *La situación geográfica de México*, México, Secretaría de Gobernación, Subsecretaría de Población y de Servicios Migratorios, 1998, p. 80.

sector de la población al que deberían ir dirigidas en principio sus creaciones, son hablantes del castellano interesados en el tema. Lo anterior quiere decir que el acercamiento a esta clase de producciones se realiza a través del idioma de recepción y no del original en el que se concibió el texto; por tanto, el destinatario no puede experimentar a plenitud el goce estético que se logra a través de los recursos estilísticos de esos sistemas; pero esto podría objetarse también en las obras de autores ingleses, franceses o alemanes que se leen en castellano. La diferencia con los escritores indígenas que conforman composiciones en prosa y verso en sus lenguas maternas es que se trata, por lo general, de creadores bilingües que tienen que concebir artísticamente su producción en un código específico, el cual tienen que verter al español para que llegue a un público más numeroso.

Además de su ardua tarea artística, estos autores deben transvasar al castellano sus obras acercándolas lo más posible al producto inicial, logrando los efectos estéticos que acreditan que el texto pertenece al ámbito literario. Víctor de la Cruz, destacado poeta zapoteco e investigador, refiriéndose específicamente a uno de los versos que conforman el poema “El extraño que murió en Juchitán” de Francisco Nácar, advierte que “cuando todos visten a los muertos” (dxi gaca’xandu’ne nabaaba) no reproduce, de ninguna manera, el sentido real del enunciado “éste es el caso más visible en que el verso resulta insuficiente para ceñir las implicaciones de las palabras que usa el poeta en zapoteco. [...] en realidad nuestra traducción restringe demasiado las ideas del autor, por eso resulta necesaria esta nota; tal vez lo más cercano sería ‘cuando todos visten a los muertos y los muertos nos visten a nosotros’”.<sup>2</sup>

En ocasiones, es verdad, son otros escritores los que realizan las traducciones de los escritos, incluso hay quienes sobre la tentativa de transvase del escritor las rehacen, como es el caso de las versiones al español de Joaquín Bestard a partir de los propios traslados de los cuentos mayas de Andrés Tec Chi *El vuelo de la serpiente* y de Santiago Domínguez Aké *Alux*; o las realizadas conjuntamente por el poeta maya yucateco Gerardo Can Pat y el escritor Carlos Montemayor sobre los poemas del primero “La veo en mis sueños” y

<sup>2</sup> En nota refiriéndose al poema antes mencionado que salió publicado en *Nuestra Palabra*, suplemento especial de *El Nacional*, México, 6 de febrero de 1990, año 1, n. 2, p. 7.

“Yo beso”;<sup>3</sup> pero el proceso de transvase, sea el propio autor o no el que lo ejecute, presenta las mismas dificultades, pues éste no puede simplemente reproducir o ser el original.<sup>4</sup>

Sabemos que cada lengua ordena de manera particular los datos de la experiencia, que cada idioma segmenta de distinta forma atendiendo a lo que otro olvida, descuidando lo que otro considera, separando lo que otro une, uniendo lo que otra separa. Éste es el postulado fundamental del relativismo lingüístico al que hemos aludido en diferentes apartados. Mediante la lengua se estructura el flujo ininterrumpido de nuestra visión del mundo; sin embargo, esta segmentación no se realiza en los distintos códigos con las mismas reglas; por tanto, las unidades que se obtienen después de que opera dicha parcelación son diferentes. El trabajo del traductor implica no sólo el conocimiento de los sistemas de origen y recepción de quien lo realiza, sino la comprensión de los distintos mundos a los que aluden los elementos que conforman sus respectivos códigos. Y esto nos lleva a la siguiente consideración relacionada con los problemas que supone el empleo alternado de dos lenguas, fenómeno común entre los escritores indígenas: si por un lado tienen éstos el privilegio de conocer y expresarse en sistemas de tan diversa composición, de acceder a dos diferentes formas de conceptualización de su entorno y de su ser, por otra parte, esta situación de bilingüismo provoca necesariamente interferencias que son, como aseguran los teóricos, completamente naturales.

Es un hecho que el contacto entre dos lenguas genera en el individuo que las usa desvíos en los distintos niveles del sistema; pero, como afirma André Martinet, son pocos los que “a fuerza de constante ejercicio, consiguen mantener netamente separados sus dos (o múltiples) instrumentos lingüísticos”.<sup>5</sup> Según esto, parecería imposible que quien utiliza dos códigos de manera alternada pueda mantenerlos completamente separados sin que se manifiesten las huellas gramaticales o léxicas, por ejemplo, que resultan comprensibles en este uso paralelo. La reflexión anterior acerca de la exis-

<sup>3</sup> Véase *Los escritores indígenas actuales I. Poesía, narrativa, teatro*, prólogo y selección de Carlos Montemayor, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (Fondo Editorial Tierra Adentro, 28), p. 48-51, 64-69, 22-25 y 26-29.

<sup>4</sup> Véase Peter Newmark, *Manual de traducción*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 19.

<sup>5</sup> Citado por Georges Mounin, *Los problemas teóricos de la traducción*, Madrid, Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1977 (Estudios y Ensayos, 152), p. 20.

tencia de un posible bilingüismo absoluto que permite que un hablante delimite claramente los idiomas que utiliza está muy relacionada con la actividad literaria que aquí nos ocupa. Carlos Montemayor en su libro más reciente señala los problemas que produce esta clase de interferencias en las composiciones de los escritores indígenas. Después de detectar los fenómenos más frecuentes en la concepción de las obras narrativas y poéticas, Montemayor ha intentado delimitar a través de una serie de ejercicios la sintaxis propia de cada lengua vernácula respecto de la del castellano en los talleres literarios que desde hace varios años dirige, con el propósito de que dichas producciones se conformen con los elementos propios de las lenguas vernáculas en que están concebidas, y no mediante unidades y estructuras ajenas a éstas.

De este modo, los escritores en lenguas indígenas tienen que superar estas dificultades que se generan por su muy particular realidad lingüística y transvasar sus textos al español, como ya se dijo, con las consiguientes dificultades que ello supone. Pero ¿cómo reproducir fielmente en la versión de la lengua receptora la riqueza rítmica y sonora de, por ejemplo, las creaciones zapotecas en las que la cantidad y duración silábica, así como la carga acentual y tonal, produce un determinado efecto?,<sup>6</sup> ¿qué criterios se deben adoptar al verter al castellano conceptos y objetos muy particulares de su entorno nativo?

A estos problemas se enfrentan quienes han decidido elevar su voz para denunciar la opresión en la que han vivido, sus inquietudes existenciales más hondas o las expectativas que los alientan. Pertenecen ellos a dos mundos; se expresan en dos códigos que son igualmente suyos, como lo manifiesta el reconocido poeta Natalio Hernández<sup>7</sup> en un pronunciamiento publicado en la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*:

Tuvieron que pasar muchos años, transcurrieron varios siglos. Poco a poco con mucho esfuerzo, con muchos sacrificios, fue recibida en las

<sup>6</sup> Carlos Montemayor señala que el zapoteco dispone de vocales largas y breves y de tres alturas tonales; un tono bajo, uno alto y otro ascendente. El acento prosódico no coincide necesariamente con el tono alto, aunque muchas veces sí con el ascendente, ni tampoco por necesidad con las sílabas largas. *Los escritores indígenas actuales I, op. cit.*, p. 197.

<sup>7</sup> Natalio Hernández es maestro normalista. Ha sido presidente de la Organización de Profesionistas Indígenas Nahuas, A. C., y director de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas. Es autor de numerosos relatos y poemas en náhuatl de la Huasteca veracruzana.

tierras de Anáhuac, en las tierras mexicanas para que se asentara [la lengua española]. Nuestros pueblos la recibieron pero sin abandonar su propia lengua, sus saberes, su cultura.

Al principio nuestras lenguas mexicanas estaban reprimidas por la lengua española: no les permitía su desarrollo, obstruía su florecimiento.

Hoy, el tiempo empieza a cambiar. Poco a poco nuestros pueblos empiezan a reconciliarse con el español, empiezan a aceptarlo como lengua propia, como un idioma nuestro.

Hoy sabemos que somos ricos porque tenemos muchas lenguas mexicanas y la lengua española que también es nuestra, porque nos une.

En nuestro país necesitamos ver a la lengua española como un ahuehuate que nos da sombra y cuyas ramas se extienden para comunicarnos. Un árbol maravilloso que se nutre y se fortalece de las lenguas, mexicanas, las lenguas del Anáhuac: ñahñú, maya, zapoteco, rarámuri, tojolabal, náhuatl, purépecha, en fin, las más de 50 lenguas que permanecen vivas.

Todas estas lenguas le dan identidad a la lengua española que hablamos en México.

Ciertamente debemos regocijarnos porque el español ha trascendido a diferentes pueblos del mundo. De aquí en adelante debemos trabajar para que las lenguas de nuestros pueblos, para que las lenguas mexicanas se desarrollen; que trasciendan sus flores y sus cantos.<sup>8</sup>

Otro aspecto digno de mención es el que atañe a la adjudicación de una obra a un género específico. La definición, el número y las relaciones mutuas entre los géneros literarios son de los problemas más antiguos de la poética; las antinomias para establecer sólo dos clasificaciones tan generales como son prosa y poesía, por ejemplo, conllevan una serie de precisiones; inclusive —dicen Ducrot y Todorov— hay cierta ambigüedad en cuanto al sentido de la palabra “prosa” que significa tanto la prosa literaria como todo lo que no lo es.<sup>9</sup> Pero entonces ¿cómo definir la existencia del verso libre y del poema en prosa?, ¿cómo delimitar, por ejemplo, la lírica, la épica y la dramática? Conforme a la propuesta de los griegos que se regía según la persona o personas que hablaban (en lírica el

<sup>8</sup> Natalio Hernández, “Noihqui toaxca caxtilan tlahtoli. El español también es nuestro” (Palabras pronunciadas en la clausura del Decimoprimer Congreso de la Academia de la Lengua Española que se efectuó en la ciudad de Puebla), *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, n. 30, 1999, p. 287.

<sup>9</sup> Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico del lenguaje*, México, Siglo Veintiuno, 1980, p. 182.



autor, en el drama los personajes y en la épica tanto autor como personajes), o, como proponía Emil Staiger, privilegiando la relación temporal: lírica-presente, épica-pasado y dramática-futuro.

No es el propósito reproducir aquí los diferentes criterios para determinar la naturaleza de estas categorías a lo largo de la historia, sólo quiero destacar que la dificultad de deslindarlos claramente no es privativa de la literatura en lenguas indígenas que venimos tratando. Alfredo López Austin reconoce el valor literario de una gran diversidad de composiciones indígenas y emplea el término de “géneros” para poder acceder a ellas.

Si una variedad de creación verbal —pongamos por ejemplo la narración mítica— y un uso social similar de dicha creación coinciden en dos o más pueblos de tradiciones culturales distintas, es pertinente esperar que la similitud de las creaciones literarias sea tan grande que reconozcamos en su parentesco la posibilidad de aproximación a través de un género literario. Nuestro objeto científico de conocimiento sería en este caso particular el *género mítico*. Esto es, si en las narraciones hay coincidencias en cuanto al carácter de los personajes, en cuanto a las leyes naturales o sobrenaturales que los rigen, en cuanto a la calidad del tiempo cósmico en que se desarrollan las acciones, en cuanto al grado de verosimilitud que se reconoce socialmente al relato, en cuanto al vehículo y a las condiciones de expresión, y en cuanto al uso social que se hace de los textos, es posible la existencia de caracteres comunes suficientes para la aplicación del concepto *género literario*.<sup>10</sup>

Carlos Montemayor, por su parte, ha hecho hincapié en diferentes trabajos sobre el problema que supone precisar cuándo una determinada composición es ensayo y cuándo cuento, pues a menudo se confunden; y es que el autor de cuentos recrea la información que ha sido transmitida en su comunidad o lo que ha recibido a través de fuentes documentales. ¿Cómo deslindar, entonces, si se trata de un cuento literario o de un ensayo, si ambos “transmiten” una información de hechos probables o relacionados con entidades invisibles o prodigios que en sí mismos pertenecen a la información histórica? El criterio seguido por Montemayor radicó en distinguir la autonomía narrativa de las creaciones: si una historia era autosuficiente por sus motivos episódicos, objetuales o de personajes, co-

<sup>10</sup> Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 255.



rrespondía al género del cuento; pero si requería información adicional a sus motivos narrativos, se trataba de un ensayo.<sup>11</sup> Montemayor identifica cinco diferentes clases de composiciones en las literaturas contemporáneas: teatro, ensayo, relato, canciones y poesía, y aclara que es la narrativa la que ejerce un especial interés de ser cultivada por los escritores indígenas;<sup>12</sup> aunque, según Natalio Hernández, también la poesía es una de las formas expresivas más apreciadas por los escritores indígenas.<sup>13</sup>

Por otra parte, Víctor de la Cruz se ha abocado a clasificar particularmente los géneros del zapoteco, a partir de las características intrínsecas de sus composiciones; esto es, ha diseñado una sistematización en categorías y subcategorías sustentada en los diversos textos literarios que se han conformado en esa lengua. Las divisiones que ha identificado son: *géneros sagrados* (mitos o escrituras sagradas, poemas y canciones), *géneros didácticos* (sermón y proverbios) y *géneros de entretenimiento* (cuentos, mentiras, chistes y novelas).<sup>14</sup>

Los escritores indígenas en la actualidad han logrado que las creaciones realizadas en sus respectivas lenguas sean publicadas; hoy es posible, gracias a esta efervescencia literaria que estamos viviendo desde las últimas décadas del siglo pasado, que poemas, narraciones, obras dramáticas y hasta novelas, concebidas en los más diferentes sistemas, tengan la posibilidad, al igual que el idioma oficial, de ser impresas. Es cierto que la actividad de estos creadores no es uniforme, que no en todas las zonas del país se acreditan producciones del mismo valor artístico; también es verdad que la generación de talleres literarios en donde se aprenden los diferentes recursos estilísticos con los que cuentan sus distintos códigos para expresarse, y el interés de los promotores y en general de la población indígena por incursionar en este terreno propician, y en su caso refuerzan, el importante movimiento que hoy día se experimenta en determinadas regiones del país. Un ejemplo de estos gru-

<sup>11</sup> Carlos Montemayor, "La función de la literatura y la escritura en lenguas indígenas", en *Políticas lingüísticas en México*, op. cit., p. 239.

<sup>12</sup> Así lo explica en su obra más reciente, en *La literatura actual en las lenguas indígenas de México*, op. cit., p. 45.

<sup>13</sup> Natalio Hernández, en *Nuestra Palabra*, suplemento especial de *El Nacional*, 10 de enero de 1990, p. 7.

<sup>14</sup> Víctor de la Cruz, "Los géneros literarios en didxazá", en *Políticas lingüísticas en México*, op. cit., p. 334-339. Cabe señalar aquí que Javier Castellanos, un zapoteco de Yojovi, en la sierra norte de Oaxaca, escribió la novela *Cantares de los vientos primaverales*.

pos lo tenemos en el estado de Yucatán; desde hace aproximadamente dos décadas comenzó a funcionar el de literatura maya con promotores adscritos a la Dirección General de Culturas Populares; éstos eran hablantes del maya y poseían como grado mínimo la secundaria. En este grupo, coordinado por el escritor Carlos Montemayor,<sup>15</sup> se les enseñó que para poder realizar una producción literaria de cualquier clase era necesario concebirla en maya y no en español; lo anterior permitiría evitar la interferencia normal a la que hemos aludido. Los materiales que se obtuvieron de este taller integraron la serie Letras Mayas Contemporáneas, en la que se publicaron poemas de Gerardo Can Pat y cuentos de María Luisa Góngora Pacheco.

Sin duda esta eclosión de la literatura en lenguas indígenas de la que estamos siendo testigos actualmente se comprueba con las numerosas publicaciones de distinta naturaleza: diarios, folletos, revistas, antologías y libros que han aparecido interrumpidamente desde la década de los ochenta. Prueba de ella son también los encuentros nacionales de escritores efectuados en diferentes regiones de la república, así como la fundación de la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas en 1993 y de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas en 1996, a la que ya se ha hecho referencia en otro capítulo. También este florecimiento se ha fortalecido con el sistema de becas instaurado por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes desde 1992 y con los reconocimientos a la destacada producción de algunos escritores a través de los premios Nezahualcóyotl y Continental Canto de América de Literatura en Lenguas Indígenas.

Esperamos que estas acciones se sumen a otras muchas más para que se consolide definitivamente el cultivo de nuestros idiomas vernáculos y se intensifique la diversa gama de creación literaria.

<sup>15</sup> Carlos Montemayor ha trabajado con mayas de Yucatán y Campeche; con grupos tzotziles y tzeltales de Chiapas; con poetas zapotecos, mixes y chinantecos de la sierra de Oaxaca; con mixtecos de Guerrero, y con purépechas de Michoacán. Por otra parte, Briceida Cuevas Cob se refiere al taller literario “Yaajol Kin” de Valladolid, integrado por siete miembros entre los cuales hay tres mujeres. “La mujer indígena en la preservación de la lengua maya”, *La Palabra Florida*, México, año 1, n. 3, 1997, p. 15.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS